

—Perdonadme, señora, perdonadme, porque estaba loca, loca; soy muy desgraciada, mucho, muy desgraciada.....

Y la jóven volvió á llorar amargamente.

—Hija mia, pobre hija mia, conozco todo el peso de tu infortunio; ven, consuélate, consuélate y perdóname, porque yo soy la causa de todo, alma mia.—Y Doña Catalina se sentó en un sitial y atrajo sobre su regazo á su hija y la sentó allí como si fuera una niña.—Yo soy la causa de todo, hija mia; ¿pero qué quieres? yo no tenia educacion, ni religion, ni nada, ni sé á quién debí el sér, ni conocí á mis padres; me crió un soldado, y en mi juventud los hombres usaron de mí como un instrumento de placer, y nada mas; y uno tras otro me abandonaban, y nunca creí en amor, ni en pasiones, porque estas eran para mí palabras sin sentido; no conocia ninguno de los goces del corazon, y pasó mi belleza, y me encontré pobre y despreciada: entonces creias tú, bella y sola tambien, y yo en mi vida quise encontrar lecciones para la tuya, y creí, y eso te enseñaba, que era todo en la vida conservar con el placer la utilidad y ganar con las gracias y la belleza de la juventud oro para tener una vejez tranquila y no vivir en los últimos años con el amargo pan de la caridad, y pedir á un hospital un jergon y un Crucifijo para hacer el último trance.

—¡Pobre madre mia!

—Oyeme, óyeme hasta el fin: así te eduqué; creí que lo habia conseguido todo cuando te ví rica, y en los momentos mismos de mi triunfo, tu voz me dice: «madre mia, me habeis perdido; ¿para qué quiero ser rica si no puedo ser feliz? ¿para qué sirve el oro cuando se tiene el alma de cielo? ¿para qué voy á tener las comodidades del lujo, si el infierno está en mi corazon?»

—Perdonadme, perdonadme.

XXXII.

En el que se prueba que una hija puede hacer la conversion de su madre.

CATALINA seguia llorando y sollozando, y como una estatua la vieja la miraba, haciendo entre sí terribles comentarios de aquella escena.

Despues de un largo rato, la jóven volvió el rostro algo mas sereno, y dijo con tristeza:

—¡Aun estais ahí, madre mia?

—¿Podia yo acaso haberte abandonado así? ¿no eres mi hija?

—¡Ah, sí!—exclamó Catalina levantándose—sois mi madre, porque solo una madre podia haber escuchado con paciencia cuanto os he dicho: deben haber sido cosas horribles.....

—Horribles, es la verdad; pero he sentido no sé qué en mi alma, he conocido que hay una realidad que yo me empeñaba antes en no ver; sí, he oido de tu boca cosas horribles, pero yo las merezco.....

—No, no tengo de qué perdonarte; tú eres quien debe darme el perdón: Dios me entregó un ángel, y yo le vuelvo una mujer perdida.

—Madre, madre!

—Sí, una mujer perdida, Catalina; pero yo haré por tí cuanto quieras: ¿qué quieres que haga yo por tí, por ese Don Leonel? Por ahora sí creo en el amor, y en la pasión, y en todo, en todo.....

—¡Oh! así, así me gusta veros, abriéndome las puertas de la esperanza: ¿creeis que tendré remedio?

—Sí, mi vida; un arrepentimiento como el tuyo, que es capaz de borrar hasta la huella del vicio, que redime el alma delante de Dios, ¿cómo no ha de encontrar gracia delante de un hombre? Sí, creo que él se conmovió cuando le veas, cuando le digas: «Don Leonel, por Dios no he hecho lo que hago por tí; si lo hiciera por Él, Él me miraría con amor: mírame tú siquiera con lástima.»

—Sí, sí, eso le diré, eso le diré—exclamó Catalina loca de contento—y me oirá, y su corazón, que es noble y grande, conocerá lo inmenso de esta pasión que me purifica y me engrandece, y me mirará siquiera, porque yo he nacido para amarle, para servirle, aunque sea como la más infeliz de las esclavas de su casa.

—¿Y esa jóven, esa Esperanza?.....

—Ese será nuestro eterno remordimiento.... pero no.... ella le amó, ella le ama quizá..... que sufra, que sufra..... ante esa idea, ante el pensamiento solo de que se aman, siento brotar sangre de mi corazón. Me siento con las entrañas de una hiena y sería yo capaz de todo, porque pasan delante de mis ojos relámpagos de sangre y de fuego: ved qué haceis con ella; que no la vea yo nunca, que no oiga ni su nombre, porque me siento ahogar por los celos.....

—Ella ha determinado salir de esta casa é ir á vivir á la de Don Alonso: nada tienes que temer; sus relaciones con Don Leonel están rotas para siempre; un muro de bronce que yo cuidaré de conservar, se ha levantado entre ellos, y uno para el otro han dejado ya de existir.

—Mas vale así, para ella y para mí: ¿y creéis que no se verán, que no volverán á encontrarse?

—Lo creo, y estoy casi segura de que ella va á sepultarse en vida dentro del recinto de la casa de su marido; este matrimonio ha sido la señal del perpetuo retiro para ella.

—Dios lo haga: ¿y cuándo se va?

—Dentro de una hora cuando más, y eso venia yo á avisarte, que voy con ella á dejarla instalada dentro de su nueva casa, para volver de nuevo á ayudarte en tus planes de regeneración.

—Entonces id, madre mía, id, y activad cuanto antes esa marcha, porque yo no puedo vivir bajo el mismo techo que ella; ó yo ó ella debemos salir de aquí.

—Voy, y pronto, muy pronto estaré aquí.

La vieja salió, y Catalina se arrojó otra vez á llorar sobre un sitial.

Poco despues la puerta volvió á abrirse, y Doña Catalina se presentó cubierta con un manto.

—Hija mía—dijo—en este momento me voy ya á dejar á su casa á Doña Esperanza.

—Gracias á Dios, madre mía—contestó la jóven;—id, id, y volved pronto; pero por Dios, madre mía, á nadie refraís lo que ha pasado con esa jóven, ni los motivos del matrimonio.....

—¡Imposible!.....

—Si Don Leonel lo supiera, sería para mí la última ilusión que se desvanecía.

—No temas, Catalina; aun cuando me costara la vida, no diria yo nunca nada, te lo juro.

—Gracias, madre mia, me hareis feliz.

—Ojalá que pueda hacerte siquiera menos desgraciada!

Y Doña Catalina salió, dejando á su hija entregada á las mas profundas y tristes reflexiones.

Una carroza cerrada esperaba en el patio, y en ella entraron Doña Catalina, Don Alonso de Rivera y Doña Esperanza de Carbajal.

Los caballos partieron arrastrando el carruaje, y muy pronto llegaron á la casa de Don Alonso.

—¿Quereis que os aguarde la carroza?—preguntó Rivera á la vieja.

—No, que se retire; volveré á pié, y vos, si no os incomoda, me acompañareis; algo tendremos que arreglar.

El carruaje dió la vuelta para la casa de Don Pedro, y Doña Catalina y los nuevos esposos subieron á la casa de Don Alonso.

Como éste habia dicho, la casa de Rivera no estaba en estado de recibir á una novia tan jóven, tan bella y tan rica.

La casa de Rivera no era ya aquel magnífico edificio de la calle de la Celada, en que Don Alonso vivia con su hermana Doña Beatriz en los tiempos de su opulencia; no habia ni lacayos, ni carruajes, ni muebles suntuosos. Don Alonso habia llegado casi á la pobreza, y ostentaba lujo solo en su persona; su casa era una pequeña habitacion en la calle de las Atarazanas, con bastantes aposentos, porque todas las casas en México, y sobre todo en aquellos tiempos, eran grandes; pero esos aposentos estaban tristes, sin muebles, sin adornos.

—Esposa mia—dijo Rivera á Esperanza—¿veis con cuánta razon os decia yo que mi casa no era digna de vos?

Esperanza no contestó.

—Pero qué quereis, hombre solo, sin familia, viviendo siempre en la casa de Don Pedro de Mejía, casi nunca me ocupaba yo de lo que aquí pasaba, y era para mí muy duro el llegar aquí: excusad, pues, todo esto, que ya trataremos de componer, y entretanto culpaos á vos misma de haber querido venir á habitar aquí, en lugar de vivir en vuestro palacio.

—¿Adónde está mi aposento, mi cámara?—preguntó Doña Esperanza sin contestar á lo que le decia Rivera.

—Nuestra cámara querreis decir—contestó con sonrisa maliciosa Don Alonso.

—No, mi cámara—repitió con altivez Esperanza.

—Decís bien—dijo Rivera;—la cámara y la casa son de la señora y no del marido: venid.

Y seguido de Esperanza y de la vieja, se dirigió á la que se habia dispuesto cámara nupcial, bien triste en verdad.

—Aquí la teneis, señora—dijo con galantería, dejando pasar por delante á su esposa.

Esperanza contempló desde la puerta aquella estancia sin penetrar en ella, y luego volviéndose á Don Alonso, con aire de mando le dijo:

—Don Alonso, esta es mi estancia, mi cámara, ¿lo entendeis? mi cámara, pero nada mas mia; desde este momento tómo posesion de ella y os prohibo dar un solo paso dentro de ella.

—Pero, señora.....

—Esta es mi voluntad, señor Don Alonso de Rivera.

—Pensad, señora, que sois mi esposa y que tengo derecho de penetrar aquí á cualquiera hora.

—Pienso que no entrareis nunca, que no me vereis mas que cuando yo salga de aquí y os lo permita, que no os acercareis á mí jamás, y que no tocareis ni la orla siquiera de mi vestido.

—Doña Esperanza!—exclamó la vieja.

—Es mi voluntad y se hará.

—¿Pero desde cuándo la mujer prohíbe á su marido acercarse y penetrar en su aposento?—dijo Rivera.

—Desde que los hombres se casan no con las mujeres, sino con sus riquezas: vuestra esposa es la herencia de mi padre; haced de ella lo que os agrade: en cuanto á mí, á quien no os habeis unido sino para tener un título á esa herencia, no os reconozco como esposo, porque bien sabeis que ni os amo ni os he amado nunca.

Don Alonso estaba asombrado, y Doña Catalina, impresionada por la reciente escena que habia tenido con su hija, caminaba de sorpresa en sorpresa, no hablaba una palabra, y solo pensaba en su interior:

—Estas muchachas no son como las de mis tiempos; comienzo ya á creer que existe el amor.

—Señora—dijo en alta voz Don Alonso y como tratando de tomar la autoridad de marido;—señora, debo advertiros que esto es ya demasiado y que he tenido sobrada condescendencia.

—Habeis hecho bien—contestó Esperanza—y espero que así será en lo de adelante, porque es el único camino que os queda.

—Os engañais, señora, porque sabré hacer respetar mis derechos.

—¿Vuestros derechos? ¿y cuáles pensais tener? ¿el título de esposo, de marido de una mujer que no os ama? Os engañais, Don Alonso; antes de casaros conmigo, podíais haberme sacrificado impunemente mandándome asesinar; entregarme á la torpeza de un ladron, venderme á él como su querida, deshonrarme; pero ahora todo es diferente; ahora tengo títulos para exigir vuestro respeto, para exigir y es-

perar que cuideis de mi nombre y de mi honra, que son los vuestros; ahora vos sois el que tiene que obedecer y que temblar, porque yo puedo denunciar vuestros crímenes, y la sociedad podrá preguntaros si intentais hacerme desaparecer: «¿Adónde está Doña Esperanza de Carbajal?»

Don Alonso y la vieja se miraron: comenzaba ya á oscurecer.

—Don Alonso, os lo prevengo, no entrareis aquí jamás, ni me vereis ni me hablareis sin mi permiso; y en cuanto á vos, señora—dijo dirigiéndose á la vieja—salid de aquí, y en lo de adelante os prohibo presentaros en mi casa, bajo la pena de ser echada por mis lacayos. Don Alonso, haced que vengan unos criados para servirme, y buenas tardes.

Doña Esperanza se entró en su cámara, y cerró con un aire de soberano desprecio la puerta, que casi fué á chocar contra Don Alonso y Doña Catalina, que se habian quedado asombrados.